

EL CURA DE TOURS

EL CURA DE TOURS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Á DAVID, ESTATUARIO

La duración de la obra en que yo inscribo su nombre, dos veces ilustre en este siglo, es muy problemática; mientras que usted graba el mío en el bronce que sobrevive á las naciones, aunque sólo sea batido por el vulgar martillo del monedero. ¿No se verán los numismáticos embrollados con tantas cabezas coronadas en su taller, cuando encuentren entre las cenizas de París esas existencias perpetuadas por usted más allá de la vida de los pueblos, y en las cuales verán ellos sin duda dinastías? A usted, pues, ese divino privilegio; á mí, ó agradecimiento.

DE BALZAC.

A principios del otoño del año 1826, el abate Birotteau, principal personaje de esta historia, fué sorprendido por un chubasco al salir de la casa adonde había ido á pasar la noche. Atravesaba, pues, tan rápidamente como se lo permitía su gordura, la desierta plazoleta denominada *El Claustro*, la cual está situada detrás de la catedral de Saint-Gatien, en Tours.

El abate Birotteau, hombrecito bajo, de constitución apoplética y sexagenario, había sufrido ya varios ataques de gota. Ahora bien, de todas las pequeñas calamidades de la vida humana, la que más aversión inspiraba al buen sacerdote, era el repentino riego de sus zapatos con anchas hebillas de plata y la inmersión de sus suelas. En efecto, no obstante los calcetines de franela con que él empaquetaba en todo tiempo sus pies con ese cuidado que los eclesiásticos emplean en la conservación de su persona, siempre se humedecía algo las piernas, con lo cual, la gota

dábale infaliblemente, al día siguiente, palpables pruebas de su constancia. Sin embargo, como el piso del Claustro estaba siempre seco, y como el abate Birotteau había ganado tres francos cincuenta al *whist*, en casa de la señora de Listomere, soportó la lluvia con resignación desde el medio de la plaza del Arzobispado, donde había empezado á caer en abundancia. Por otra parte, en aquel momento acariciaba su quimera: un deseo que contaba doce años de antigüedad, un deseo de sacerdote, una aspiración que, alimentada todas las noches, parecía á la sazón próxima á cumplirse; digamos, en fin, que se envolvía demasiado bien con la muceta de una canongía para sentir las intemperies atmosféricas: durante la velada, las personas que se reunían habitualmente en casa de la señora de Listomere le habían garantizado casi su nombramiento para la plaza de canónigo, vacante entonces en el cabildo metropolitano de Saint-Gatien, probándole que nadie la merecía mejor que él, cuyos derechos, olvidados ó desconocidos hacía mucho tiempo, eran irrefutables. Si hubiese perdido al juego, si hubiese sabido que el abate Poirel, su competidor, ascendía á canónigo, el buen hombre acaso hubiese encontrado la lluvia muy fría. Sin duda hubiese renegado de la existencia. Pero se encontraba en una de esas raras circunstancias de la vida en que agradables sensaciones lo hacen olvidar todo. Apresurando el paso obedecía á un movimiento maquinal, y la verdad, tan esencial en una historia de costumbres, obliga á decir que no pensaba ni en el chubasco ni en la gota.

Algún tiempo antes, existían en el Claustro, en la parte de la calle Mayor, varias casas reunidas por una cerca, dependientes de la catedral y en las cuales vivían algunos dignatarios del cabildo. Después de la alienación de los bienes del clero, la villa ha hecho del pasaje que separa á aquellas casas una calle, llamada del Seminario, por la cual se va del Claustro á la calle Mayor. Aquel nombre indica suficientemente que allí moraban antes el gran chantre, sus escuelas y los que vivían bajo su dependencia. La parte izquierda de esta calle está ocupada por una sola

casa, cuyas paredes están atravesadas por los arbotantes de Saint-Gatien, de tal modo, que hacen dudar de si la catedral fué construída antes ó después de este antiguo edificio. Pero examinando los arabescos y forma de las ventanas, el arco de la puerta y el exterior de aquella casa ennegrecida por el tiempo, un arqueólogo ve que ha formado siempre parte del magnífico monumento á que está unida. Un anticuario, si hubiese alguno en Tours, que es una de las villas menos literarias de Francia, podría llegar hasta reconocer, en la entrada del pasaje al Claustro, algunos vestigios de la arcada que formaba antes el atrio de aquellas habitaciones eclesiásticas y que debía estar en armonía con el carácter general del edificio. Situada al Norte de Saint-Gatien, aquella casa se encuentra continuamente en la sombra proyectada por la catedral, que ha sido cubierta con el manto negro del tiempo, y en la que éste ha impreso sus arrugas y sembrado su húmedo frío, sus musgos y sus elevadas hierbas. Aquella morada está, pues, envuelta siempre en un profundo silencio, interrumpido únicamente por el ruido de las campanas, por el canto de los oficios que penetra los muros del templo, ó por los gritos de las cornejas anidadas en la cima de los campanarios. Aquel lugar es un desierto de piedras, una soledad llena de carácter, y que sólo puede ser habitado por seres llegados á una nulidad completa ó dotados de una fuerza de voluntad prodigiosa. La casa de que se trata había estado ocupada siempre por curas, y pertenecía á una solterona llamada la señorita Gamard. Aunque esta finca hubiese sido comprada á la nación, durante el Terror, por el padre de la señorita Gamard, como hacía ya veinte años que esta solterona hospedaba en su casa á sacerdotes, nadie criticó, bajo la Restauración, el hecho de que una devota conservase un bien nacional: sin duda, las gentes religiosas le suponían la intención de legarlo al cabildo, y las gentes del mundo no veían que hubiese cambiado de destino.

El abate Birotteau se dirigía, pues, hacia aquella casa, donde vivía hacía dos años. Como lo era á la sazón la ca-

ningía, su habitación había sido objeto de su codicia y su *hoc erat in votis* durante una docena de años. Ser huésped de la señorita Gamard y llegar á canónigo fueron los dos grandes negocios de su vida; y, sin duda, resumen exactamente la ambición de un sacerdote, que, considerándose como de viaje para la eternidad, no puede desear en este mundo más que una buena cama, una buena mesa, ropas limpias, zapatos con hebillas de plata, las cosas suficientes para la satisfacción de las necesidades materiales, y una canongía para satisfacer su amor propio, ese sentimiento indefinible que ha de seguirnos, según se dice, hasta la eternidad, ya que también hay jerarquías entre los santos. Mas la codicia de la vivienda habitada á la sazón por el abate Birotteau, ese sentimiento insignificante á los ojos del mundo, había sido para él toda una pasión, pasión llena de obstáculos, y, como la pasión más criminal, llena de esperanzas, de placeres y de remordimientos.

La distribución interior y la índole de la casa no habían permitido tener á la señorita Gamard más que dos huéspedes. Ahora bien, unos doce años antes del día en que Birotteau pasó á ser huésped de esta solterona, la señorita Gamard se había encargado de velar por el bienestar y la salud de los señores curas Troubert y Chapeloud. El cura Troubert vivía. El cura Chapeloud había muerto, y Birotteau le había sucedido inmediatamente.

El difunto señor Chapeloud, canónigo de la catedral, había sido amigo íntimo del abate Birotteau. Siempre que el vicario entraba en casa del canónigo, aquél admiraba constantemente su habitación, sus muebles y su biblioteca. De esta admiración nació un día el deseo de poseer aquellas magnificencias. El abate Birotteau no había podido nunca ahogar este deseo, que á veces le hacía sufrir horriblemente cuando llegaba á pensar que la muerte de su mejor amigo era el único medio de que él pudiese satisfacer aquella codicia oculta, pero cada vez más creciente. El abate Chapeloud y su amigo Birotteau no eran ricos. Hijos ambos de aldeanos, no contaban más que con el escaso sueldo concedido á los

curas; y sus pequeñas economías fueron empleadas en pasar los desgraciados tiempos de la Revolución. Cuando Napoleón restableció el culto católico, el abate Chapeloud fué nombrado canónigo de Saint-Gatien, y Birotteau vicario de la catedral. Chapeloud entró entonces de huésped en casa de la señorita Gamard. Cuando Birotteau fué á visitar al canónigo á su nueva casa, encontró su habitación perfectamente distribuída, pero no vió nada más. El principio de aquella concupiscencia mobiliaria fué semejante al de una pasión verdadera, que, en un galán, empieza á veces por una fría admiración por la mujer á quien más tarde ha de amar por siempre jamás.

Aquella habitación, á la que se subía por una escalera de piedra, se encontraba en la parte del edificio expuesta al Mediodía. El abate Troubert ocupaba el piso bajo, y la señorita Gamard el primer piso de la parte de la casa que daba á la calle. Cuando Chapeloud entró en su habitación, las piezas estaban desnudas y los techos ennegrecidos por el humo. Las jambas y dinteles de las chimeneas, de piedra bastante mal tallada, no habían sido pintados nunca. Por todo mobiliario, el pobre canónigo puso al principio una cama, una mesa, algunas sillas y los pocos libros que poseía. Aquella vivienda parecía una mujer hermosa vestida con andrajos. Pero, dos ó tres años después, una señora anciana dejó dos mil francos al abate Chapeloud, y éste empleó el legado en la compra de una biblioteca de encina, proveniente de la demolición de un palacio despedazado por la Banda Negra, y notable por sus esculturas, dignas de la admiración de los artistas. El cura hizo esta adquisición, seducido más bien que por la baratura por la perfecta concordancia que existía entre las dimensiones del mueble y las de su galería, la cual, pobre y abandonada hasta entonces, pudo ser restaurada mediante el empleo de las escasas economías del cura. El piso fué encerrado cuidadosamente, el techo blanqueado, y las puertas y ventanas pintadas simulando las vetas y nudos de la encina. Una chimenea de mármol reemplazó á la antigua. El canónigo tuvo, además, bastante buen gusto para buscar

y comprar unos sofás de nogal labrado; lo cual unido á una gran mesa de ébano y á dos muebles de Boule acabaron de dar á aquella galería una fisonomía llena de carácter. En el espacio de dos años, las larguezas de varias personas devotas y algunos legados de sus piadosas penitentes, aunque insignificantes, llenaron de libros los estantes de la biblioteca vacía entonces. Finalmente, un tío de Chapeloud, un antiguo *oratoriano*, le legó su colección *in folio* de los Padres de la Iglesia, y otras varias obras preciosas para un eclesiástico. Birotteau, cada vez más sorprendido ante las sucesivas transformaciones de aquella galería desnuda antes, llegó gradualmente á sentir una involuntaria codicia de poseer aquella estancia tan en armonía con la gravedad de las costumbres eclesiásticas. Esta pasión fué creciendo de día en día. Ocupado durante días enteros en trabajar en aquel retiro, el vicario pudo apreciar su silencio y su paz, después de haber admirado antes su acertada distribución. Durante los años siguientes, el cura Chapeloud convirtió un cuartito en oratorio, que sus amigas devotas se complacieron en embellecer. Más tarde aún, una dama ofreció al canónigo, para su cuarto, un juego de cortinajes que ella misma había hecho en presencia de aquel amable hombre sin que él sospechase siquiera su destino; ocurriendo entonces que el dormitorio, al igual que la galería, deslumbró al vicario. Por último, tres años antes de morir, el cura Chapeloud completó las comodidades de su habitación decorando el salón. Aunque tapizados sencillamente con terciopelo de Utrecht, los muebles sedujeron á Birotteau. Desde el día en que el compañero del canónigo vió las cortinas de seda roja, los muebles de caoba y la alfombra de Aubusson que adornaba aquella vasta pieza pintada de nuevo, la habitación de Chapeloud fué para él objeto de una secreta monomanía. Vivir allí, acostarse en la cama con grandes cortinas de seda donde se acostaba el canónigo, y encontrar en torno suyo todo género de comodidades, como las encontraba Chapeloud, fué para Birotteau la dicha completa: el pobre hombre no concebía nada mejor. Todos los deseos y ambiciones que las cosas

del mundo hacen nacer en el corazón de los demás hombres, se concentraron para Birotteau en el ansia secreta y profunda con que deseaba un interior semejante á aquel que se había creado el abate Chapeloud. Cuando su amigo caía enfermo, ciertamente que iba á su casa movido por un sincero afecto; pero en el momento de tener noticia de la indisposición del canónigo, ó mientras le hacía compañía, se elevaban, á pesar suyo, en el fondo de su alma mil pensamientos cuya expresión más sencilla podría formularse por: «Si Chapeloud muriese, yo podría ocupar su habitación». No obstante, como Birotteau estaba dotado de excelente corazón, ideas sanas é inteligencia levantada, no llegaba nunca hasta concebir los medios de hacerse legar la biblioteca y los muebles de su amigo.

El abate Chapeloud, egoísta amable é indulgente, adivinó la pasión de su amigo, lo cual no era difícil, y se la perdonó, lo cual es menós fácil en un sacerdote. Pero hemos de decir que también el vicario, cuya amistad no varió nunca, no cesó de pasearse con su amigo todos los días por el mismo paseo del Mail de Tours, sin echarle en cara ni una sola vez el tiempo consagrado hacía veinte años á aquel cotidiano paseo. Birotteau, que consideraba sus deseos involuntarios como verdaderas faltas, hubiese sido capaz por contrición de hacer los mayores sacrificios por el abate Chapeloud. Éste pagó aquella fraternidad tan sincera, diciendo, algunos días antes de su muerte, á su amigo, que le leía el *Cotidiano*:

—Esta vez me parece que tendrás mi habitación. Siento que todo ha acabado para mí.

Y en efecto, mediante testamento, el abate Chapeloud legó á Birotteau su biblioteca y mobiliario. La posesión de estas cosas tan vivamente deseadas y la perspectiva de llegar á ser huésped de la señorita Gamard, aminoraron mucho el dolor que causaba á Birotteau la pérdida de su amigo el canónigo: acaso no lo hubiera resucitado, pero le lloró. Durante algunos días estuvo como Gargantua, que habiendo perdido á su mujer á consecuencia del parto de Pantagruel, no sabía si debía regocijarse con la muerte

de su mujer ó lamentar el fin de su Badbec, y se engañaba alegrándose de la muerte de su mujer y deplorando el nacimiento de Pantagruel. El abate Birotteau pasó los primeros días de luto en examinar las obras de su biblioteca, en servirse de sus muebles y en contemplarlos detenidamente, diciéndose con un tono que, desgraciadamente, no pudo ser notado: «¡Pobre Chapeloud!» Finalmente, su alegría y su dolor le preocupaban tanto que no sintió pena alguna al ver que daban á otro la plaza de canónigo, en la que el difunto Chapeloud esperaba tenerle por sucesor. Como la señorita Gamard hubiese admitido gustosa como huésped al vicario, éste participó desde entonces de todas las felicidades de la vida material que tanto le había alabado el difunto canónigo. ¡Incalculables ventajas! A juzgar por lo que decía el difunto Chapeloud, de todos los sacerdotes que habitaban la villa de Tours, sin exceptuar al arzobispo, ninguno podía ser objeto de cuidados tan minuciosos y delicados como los prodigados por la señorita Gamard á sus dos huéspedes. Las primeras palabras que decía el canónigo á su amigo, cuando paseaban por el Mail, se referían casi siempre á la succulenta comida que acababa de hacer, y era muy raro que durante los siete paseos de la semana no le dijese, por lo menos, catorce veces:

—Esa excelente muchacha es indudable que se dedica por vocación al servicio eclesiástico.

—Mire usted —decía á veces Chapeloud á Birotteau,— durante doce años consecutivos no me ha faltado nunca ropa blanca, albas, sobrepellices y alzacuellos en abundancia. Encuentro siempre cada cosa en su sitio, en número suficiente y oliendo á gloria. Mis muebles están tan cuidados y limpios, que hace tiempo que no conozco el polvo. ¿Ha visto usted alguna vez alguna broza en mi cuarto? Además, la leña de la chimenea es escogida y las menores cosas son excelentes; en una palabra, que parece que la señorita Gamard tenga siempre un ojo en mi cuarto. No me acuerdo de haber llamado dos veces en diez años para pedir nada. ¡Esto es vivir! No tener nada que buscar; ni

siquiera las zapatillas. Encontrar siempre buen fuego, buena mesa... En fin, para que se forme usted una idea de sus atenciones, sepa que mi fuelle me impacientaba por tener interceptada la boca, y no tuve que repetirlo dos veces. Al día siguiente, la señorita me dió un bonito fuelle y aquel par de badilas con que me ve usted atizar el fuego.

Birotteau, por toda respuesta, le decía:

—¡Oliendo á gloria!

Aquel *oliendo á gloria* le conmovía siempre. Las palabras del canónigo acusaban una dicha fantástica para el pobre vicario, que estaba siempre falto de alzacuellos y de albas, pues no tenía orden ninguno y se olvidaba con bastante frecuencia de encargar la comida. De modo que, ya predicando ó ya diciendo misa, cuando veía á la señorita Gamard en Saint-Gatien, no dejaba nunca de dirigirle una mirada cariñosa y benévola, como las que santa Teresa debía dirigir al cielo.

Aunque el bienestar que desea toda criatura y que el cura había deseado tanto se hubiese realizado ya, como es difícil á todo el mundo, aunque sea sacerdote, vivir sin alguna aspiración, hacía diez y ocho meses que el abate Birotteau había reemplazado sus dos pasiones satisfechas por el deseo de una canongía. El título de canónigo había pasado á ser para él lo que debe ser la dignidad de par para un ministro plebeyo. Resultaba, pues, que la probabilidad de su nombramiento y las esperanzas que acababan de darle en casa de la señora de Listomere le tenían de tal modo transportado, que no recordó que se había olvidado el paraguas hasta que llegó á su domicilio. Estaba tan embebido en el placer con que se confirmaba á sí propio cuanto le habían dicho respecto á su promoción las personas de la sociedad de la señora de Listomere, anciana dama á cuya casa iba á pasar la velada los miércoles, que, á no caer la lluvia á torrentes, ni siquiera se hubiera apercibido de su olvido. El vicario llamó con fuerza para advertir á la criada que no le hiciese esperar, y después se pegó al quicio de la puerta á fin de mojarse lo menos posible; pero el agua que caía del tejado regó

precisamente el extremo de sus zapatos, y el viento llevó á intervalos sobre él algunos chorros de agua que parecían duchas. Después de haber calculado el tiempo necesario para salir de la cocina y tirar del cordón de la puerta, llamó de nuevo, produciendo un campanileo bastante significativo.

—No pueden haber salido—se dijo el buen cura al no oír ningún ruido en el interior.

Y por tercera vez empezó su campanileo, que resonó tan agriamente en la casa y fué tan bien repetido por todos los ecos de la catedral, que ante aquel sonido era imposible que no despertasen. En efecto, algunos instantes después oyó, no sin cierto placer mezclado de mal humor, los zuecos de la criada que resonaban en el empedrado pavimento del portal. Sin embargo, el malestar del gotoso no acabó tan pronto como él creía. En lugar de tirar del cordón, Mariana tuvo que abrir la cerradura de la puerta y recorrer los cerrojos.

—¿Cómo me deja usted llamar tres veces con semejante tiempo?—dijo el cura á Mariana.

—Señor, ya ve usted que estaba cerrada la puerta. Todo el mundo está acostado hace ya tiempo; ya han dado las diez menos cuarto. La señorita habrá creído que no había usted salido.

—¡Pero usted ya me vió salir! Además, la señorita ya sabe que voy todos los miércoles á casa de la señora de Listomere.

—Señor, yo he hecho lo que la señorita me ha mandado—respondió Mariana cerrando la puerta.

Estas palabras fueron para el abate Birotteau un golpe tanto más sensible cuanto que su sueño anterior le había hecho creerse completamente feliz. El buen hombre se calló y siguió á Mariana á la cocina para tomar su palmatoria, suponiendo que estaría allí como de costumbre. Pero en lugar de entrar en la cocina, Mariana le condujo á su cuarto, donde el vicario vió su palmatoria sobre una mesa que había á la puerta del salón rojo, en una especie de antesala formada por el descansillo de la escalera, al

que el difunto canónigo había adaptado una gran puerta vidriera. Mudo de sorpresa, entró Birotteau en su cuarto, no vió fuego en la chimenea, y llamó á Mariana, que aun no había tenido tiempo de bajar las escaleras.

—¿No ha encendido usted fuego?—le dijo.

—Dispense usted, señor. se habrá apagado—le contestó la muchacha.

Birotteau examinó de nuevo el hogar, y adquirió la seguridad de que no se había encendido fuego en él desde por la mañana.

—Encienda usted fuego; necesito secarme los pies—dijo el buen cura.

Mariana obedeció con la prontitud de una persona que tiene ganas de irse á dormir. Al mismo tiempo que buscaba las zapatillas, que no estaban, como acostumbraban, sobre la alfombra situada al pie de la cama, el cura, examinando á Mariana, hizo ciertas observaciones que le demostraron que no había salido de la cama, según había dicho. Entonces se acordó de que hacía unos quince días que se veía privado de todas aquellas atenciones que durante diez y ocho meses le habían hecho tan grata la vida. Ahora bien, como la naturaleza de los hombres de escasos alcances les lleva á indagar insignificancias, Birotteau se entregó de pronto á profundas reflexiones acerca de aquellos cuatro acontecimientos imperceptibles para otro, pero que para él constituían cuatro catástrofes. El olvido de las zapatillas, la mentira de Mariana relativa al fuego, el traslado insólito de su palmatoria á la mesa de la antesala, y la espera que le habían dado, lloviendo, en el dintel de la puerta, implicaban evidentemente la pérdida completa de su dicha.

Quando la llama brilló en el hogar, cuando la lamparilla estuvo encendida, y Mariana se marchó sin preguntarle como siempre: «¿Necesita algo más el señor?» el vicario se dejó caer en la hermosa y ancha poltrona de su difunto amigo; pero el movimiento que hizo para sentarse tuvo algo de triste. El buen hombre estaba abatido por el presentimiento de una espantosa desgracia. Sus ojos recorrieron

sucesivamente el hermoso reloj, la cómoda, las sillas, las cortinas, las alfombras, la cama, el benditero, el crucifijo, la Virgen de Valentín, el Cristo de Lebrún, en una palabra, todos los accesorios de aquel cuarto, y la expresión de su fisonomía reveló los dolores del más tierno adios que jamás amante alguno hubiese dado á su amada, ó anciano á sus últimos árboles plantados. Aunque un poco tarde, el vicario acababa de reconocer los signos de una persecución sorda ejercida contra él hacia ya tres meses por la señorita Gamard, cuyas malas intenciones hubiesen sido indudablemente adivinadas mucho antes por un hombre de talento. ¿No tienen todas las solteras cierto talento para acentuar las acciones y las palabras que les sugiere el odio? Arañan como los gatos, y además, no sólo hieren, sino que experimentan placer en herir y en hacer ver á su víctima que le han herido. Donde un hombre de mundo no se hubiera dejado arañar dos veces, el buen Birotteau necesitaba varios zarpazos en la cara para creer en una mala intención.

Inmediatamente, con esa sagacidad escudriñadora que adquieren los sacerdotes acostumbrados á dirigir conciencias y á discurrir sobre insignificancias en el interior del confesonario, el abate Birotteau empezó á razonar de esta suerte, cual si se tratase de una controversia religiosa:

—Admitiendo que la señorita Gamard no haya pensado en la velada de la señora de Listomere, que Mariana se haya olvidado de encender fuego y que me haya creído acostado, como quiera que esta mañana he bajado ¡yo mismo! ¡¡mi palmatoria!!! es imposible que la señorita Gamard, al verla en su salón, haya podido suponerme en la cama. *Ergo*, la señorita Gamard ha querido dejarme á la puerta con la lluvia, y, haciendo subir mi palmatoria á mi cuarto, ha querido dármele á entender... ¡Cómo!—dijo en voz alta, llevado de la gravedad de las circunstancias, levantándose para quitarse la ropa mojada y ponerse el gorro y la bata de casa.

Después fué de su cama á la chimenea gesticulando y pronunciando en tonos diferentes las siguientes frases, que

terminaba siempre con voz de falsete como para sustituir los signos de admiración:

—¿Qué diantre le he hecho? ¿Por qué me tiene inquina? ¡Mariana no debió olvidar el fuego! Ha sido la señorita la que le habrá dicho que no lo encendiese, y se necesita ser un niño para no ver, por el tono y los modales que emplea conmigo, que he tenido la desgracia de disgustarla. ¡Nunca le ocurrió una cosa semejante á Chapeloud! ¡Me será imposible vivir en medio de estos tormentos que...! A mi edad...

Y se acostó con el propósito de esclarecer al día siguiente por la mañana la causa del odio que destruía para siempre aquella dicha que había gozado por espacio de dos años, después de haberla deseado tanto tiempo. ¡Ay de mí! Los secretos motivos del resentimiento que la señorita Gamard tenía con él debían serle eternamente desconocidos, no porque fuesen difíciles de adivinar, sino porque el pobre hombre carecía de esa perspicacia con que las grandes almas saben examinarse á sí propias y juzgarse. Un hombre de genio ó un intrigante se dicen: «Yo he tenido la culpa». El interés y el talento son los únicos consejeros concienzudos y lúcidos. Ahora bien, el abate Birotteau, cuya bondad llegaba á la tontería, cuya instrucción sólo era adquirida á fuerza de trabajo, que no tenía ninguna experiencia del mundo ni de sus costumbres, y que vivía entre la miseria y el confesonario, sumamente ocupado en decidir los casos más ligeros de conciencia en su calidad de confesor de algunos colegios de la villa y de algunas buenas almas que le apreciaban, el abate Birotteau, repito, podía ser considerado como un niño grande que ignoraba en absoluto la mayor parte de las prácticas sociales. Lo único que se había desarrollado insensiblemente en él, sin que lo sospechase, era el egoísmo natural á todas las criaturas humanas, reforzado por el egoísmo propio del sacerdote y por el de la vida estrecha que se hace en provincias. Si alguien hubiese tenido bastante interés en escudriñar el alma del vicario, hubiera podido demostrarle que en los infinitos detalles de su existencia

y en los deberes mínimos de su vida privada carecía esencialmente de esa abnegación que él creía practicar, y entonces Birotteau se hubiera castigado á sí mismo y se hubiera mortificado de buena fe. Pero aquellos á quienes ofendemos, aunque sea sin querer, no tienen en cuenta nuestra inocencia y sólo quieren y saben vengarse. De modo que Birotteau, sin embargo de su mansedumbre, tuvo que sufrir los efectos de esta gran justicia distributiva que va encargando continuamente al mundo que ejecute sus sentencias, llamadas por ciertos necios *las desgracias de la vida*.

Entre el cura Chapeloud y el vicario había la diferencia de que el primero era un egoísta diestro y avispado, mientras que el otro era un franco y torpe egoísta. Cuando el cura Chapeloud entró de huésped en casa de la señorita Gamard, supo juzgar perfectamente el carácter de su patrona. El confesonario le había enseñado á conocer la amargura que la desgracia de verse fuera de toda sociedad comunica al corazón de una solterona, y en su consecuencia calculó la conducta que debía seguir en casa de la señorita Gamard. Como esta célibe no tuviese á la sazón más que treinta y ocho años, conservaba aún algunas pretensiones, que, en estas personas, acaban por convertirse más tarde en una elevada estimación de sí propias. El canónigo comprendió que para vivir bien con la señorita Gamard tenía que guardarle siempre las mismas consideraciones y ser más infalible que el papa. Para obtener este resultado, procuró no establecer entre ella y él más que los puntos de contacto ordenados por la cortesía y los que existen necesariamente entre personas que viven bajo un mismo techo. Así es que aunque el abate Troubert y él hiciesen regularmente tres comidas diarias, Chapeloud se había abstenido de participar del almuerzo común, acostumbando á la señorita Gamard á enviarle á la cama una taza de café con leche. Además, había evitado las molestias de la cena tomando té todas las noches en las casas adonde iba de reunión, logrando así no ver á su patrona más que á la hora de comer, algunos momentos

antes de la cual se presentaba siempre. Durante esta especie de visita de cumplido, el canónigo le había dirigido las mismas preguntas durante los doce años que pasó en su casa, obteniendo siempre de ella las mismas respuestas. La manera cómo había pasado la noche la señorita Gamard, si le había sentado el almuerzo, los pequeños quehaceres domésticos, el aspecto de su casa, la higiene de su persona, el tiempo que hacía, la duración de los oficios, los incidentes de la misa, y finalmente, la salud de tal ó cual sacerdote constituía el fondo de aquella conversación periódica. Durante la comida empleaba siempre halagos indirectos, yendo sin cesar de la calidad de un pescado, del buen gusto de un plato ó de la exquisitez de una salsa, á las cualidades de la señorita Gamard y á las virtudes de la dueña de la casa. El canónigo estaba seguro de acariciar todas las vanidades de la solterona, alabando el arte con que estaban hechos ó preparados los platos de dulce, los orejones, las conservas, las empanadas y otras invenciones gastronómicas. Finalmente, el astuto sacerdote no había salido nunca del salón de su patrona sin decir que en ninguna casa de Tours se hacía un café tan bueno. Gracias á esta perfecta inteligencia del carácter de la señorita Gamard y á esta ciencia de la vida profesada durante doce años por el canónigo, no hubo nunca motivos para discutir el menor punto de disciplina interior. El abate Chapeloud había reconocido, ante todo, los ángulos, las asperezas y la acritud de aquella solterona, y había ajustado las tangentes inevitables entre sus personas de una manera capaz de obtener de ella todas las concesiones necesarias para la dicha y la tranquilidad de su vida. De suerte que la señorita Gamard decía que el abate Chapeloud era un hombre muy amable, muy fácil de contentar y de mucho talento. Del abate Troubert la devota no decía absolutamente nada. Unido enteramente al movimiento de su vida como lo está un satélite á la órbita de su planeta, Troubert era para ella una especie de criatura intermediaria entre los individuos de la clase humana y los de la raza canina; estaba clasificado en su

corazón inmediatamente antes del lugar destinado á los amigos y el ocupado por un perrito dogo á quien ella amaba entrañablemente; lo gobernaba á su gusto, y la promiscuidad de sus intereses llegó á ser tan grande, que algunos amigos de la señorita Gamard opinaban que el abate Troubert tenía echado el ojo á la fortuna de la solterona, á la cual se atraía insensiblemente mediante una continua paciencia, y á la que manejaba tanto mejor cuanto que simulaba obedecerla sin dejarla ver el menor deseo de dominarla á su antojo. Cuando el abate Chapeloud murió, la solterona, que deseaba un huésped de buenas costumbres, pensó, como es natural, en el vicario, y aun no era conocido el testamento del canónigo cuando la señorita Gamard pensaba ya en trasladar á la habitación del difunto á su cura Troubert, que se hallaba muy mal en el piso bajo. Pero cuando el abate Birotteau fué á estipular con la solterona las condiciones quirografarias de su pupilaje, ella lo vió tan enamorado de aquella habitación para la cual tenía ella ya formados sus planes, que no se atrevió á hablarle de un cambio y pospuso el cariño á las exigencias del interés. Para consolar á su muy amado canónigo, la señorita reemplazó los ladrillos que formaban el piso por un magnífico entarimado, y además reconstruyó una chimenea que humeaba.

El abate Birotteau había visto durante doce años á su amigo Chapeloud, y, sin embargo, nunca se le había ocurrido indagar la causa de la extrema circunspección del difunto en sus relaciones con la señorita Gamard. Al trasladarse á casa de aquella santa mujer, el buen cura se hallaba en la misma situación de un amante en vísperas de ser feliz. Si él no hubiera sido ya ciego por su escasa inteligencia, sus ojos estaban demasiado deslumbrados por la dicha para que pudiese juzgar á la señorita Gamard y reflexionar acerca de sus relaciones con ella. La señorita Gamard, vista de lejos y á través del prisma de las felicidades materiales que el vicario soñaba gozar á su lado, le parecía una criatura perfecta, una buena cristiana, una persona esencialmente caritativa, la mujer del Evangelio

y la virgen juiciosa adornada de las humildes y modestas virtudes que comunican á la vida un perfume celestial. Así es que, con todo el entusiasmo de un hombre que logra un objeto largo tiempo deseado y con el candor de un niño y el necio aturdimiento de un anciano sin experiencia mundana, se amoldó á la vida de la señorita Gamard y cayó en ella como cae una mosca en una telaraña. El primer día que fué á comer y á dormir á casa de la solterona, fué retenido en su salón tanto por el deseo de trabar conocimiento con ella, como por ese inexplicable embarazo que se apodera frecuentemente de las gentes tímidas y les hace temer ser descorteses, interrumpiendo una conversación para salir. El buen cura permaneció allí, pues, durante toda la velada. Otra solterona, amiga de Birotteau, llamada Salomé de Villenoix, fué á verle por la noche, y la señorita Gamard tuvo entonces la satisfacción de organizar en su casa una partida de *boston*. Al acostarse, el vicario juzgó que había pasado una velada muy agradable. Como no conocía aún más que muy ligeramente á la señorita Gamard y al abate Troubert, no vió más que la superficie de sus caracteres. Pocas personas muestran de pronto sus defectos. Generalmente, todo el mundo procura adquirir un barniz simpático. El abate Birotteau concibió, pues, el encantador proyecto de consagrar sus veladas á la señorita Gamard, en lugar de ir á pasarlas fuera. Hacía ya algunos años que aquella patrona eclesiástica había acariciado un deseo que aumentaba de día en día. Este deseo, que acarician los ancianos y aun las mujeres bonitas, se había convertido en una pasión semejante á la de Birotteau por la habitación de su amigo Chapeloud, y estaba sostenido en el corazón de la solterona por los sentimientos de orgullo y de egoísmo, de envidia y de vanidad que preexisten en todas las gentes. Esta historia es la historia de todos los tiempos y de todos los lugares; basta extender un poco el estrecho círculo en que van á moverse estos personajes para encontrar la razón suficiente de los acontecimientos que ocurren en las más elevadas esferas de la sociedad. La señorita Gamard pa-

saba alternativamente las veladas en seis ú ocho casas diferentes. Ya porque sintiese verse obligada á irse á buscar compañía y se creyese con derecho á exigir á su edad algunas atenciones, ya porque su amor propio estuviese herido por no tener sociedad en su propia casa, ó ya, en fin, porque su vanidad desease los cumplidos y las ventajas de que gozaban sus amigas, es lo cierto que toda su ambición estribaba en hacer de su salón un punto de reunión hacia el cual se encaminasen con gusto todas las noches cierto número de personajes. Cuando Birotteau y su amiga la señorita Salomé pasaron algunas veladas en su casa, en compañía del fiel y paciente Troubert, una tarde, al salir de Saint-Gatien, la señorita Gamard dijo á aquellas amigas de quienes se había considerado hasta entonces como esclava, que las personas que quisieran verla podían ir una vez por semana á su casa, donde se reunía un número de amigos suficiente para formar una partida de *boston*; que no podía dejar solo al abate Birotteau, su huésped; que la señorita Salomé no había faltado ni una noche en toda la semana; que ella se debía á sus amigos, y que... y que... etc., etc. Sus palabras fueron tanto más humildemente altaneras y abundantemente hipócritas, cuanto que la señora Salomé de Villenoix pertenecía á la sociedad más aristocrática de Tours. Aunque la señorita Salomé fuese únicamente por amistad al vicario, la señorita Gamard triunfaba teniéndola por contertulia, y, gracias al abate Birotteau, estuvo á punto de lograr su gran deseo de formar un círculo que pudiese llegar á ser tan numeroso y tan agradable como lo eran el de la señora de Listomere, el de la señorita Merlin de la Blottiere y el de otras devotas que estaban en disposición de recibir á la sociedad piadosa de Tours. Pero ¡ay de mí! el abate Birotteau hizo abortar la esperanza de la señorita Gamard. Si todos los que han llegado alguna vez en su vida á gozar una dicha deseada durante mucho tiempo comprendieran la alegría que debió sentir el vicario al ocupar la habitación de Chapeloud, deben también formarse una ligera idea de la pena que sentiría la señorita Gamard al ver

completamente derribado su plan favorito. Después de haber aceptado su dicha bastante pacientemente por espacio de siete meses, Birotteau desertó del salón de su patrona, arrastrando consigo á la señorita Salomé. A pesar de inauditos esfuerzos, la señorita Gamard sólo había logrado reclutar cinco ó seis personas, cuya asiduidad fué muy problemática, siendo así que se necesitaban por lo menos cuatro fieles asiduos para constituir un *boston*. La patrona se vió, pues, obligada á cantar la palinodia y á volver á casa de sus antiguas amigas, pues las solteronas se encuentran en demasiado mala compañía consigo mismas para no buscar las dudosas distracciones de la sociedad. La causa de esta deserción es fácil de adivinar. Aunque el vicario fuese uno de aquellos á quienes debe pertenecer algún día el cielo en virtud de la sentencia: «Bienaventurados los pobres de espíritu», no podía, como muchos tontos, soportar el fastidio que le causaba el trato con otros tontos. Las gentes de cortos alcances se parecen á las malas hierbas, que gustan de los buenos terrenos, y quieren divertirse tanto más, cuanto que se aburren si están solas. La encarnación del aburrimiento de que son víctimas, unida á la necesidad que sienten de estar divorciadas continuamente de sí mismas, produce esa pasión por el movimiento y esa necesidad de estar siempre donde no están, necesidad que las distingue, al igual que á los seres desprovistos de sensibilidad y á aquellos cuyo porvenir ha fallado ó que sufren por su culpa. Sin sondear demasiado el vacío y la nulidad de la señorita Gamard, y sin explicarse la mezquindad de sus ideas, el pobre abate Birotteau se apercibió un poco tarde, desgraciadamente para él, de los defectos de que participaba como todas las solteronas y de los que le eran propios. El mal ajeno se destaca tan vigorosamente sobre el bien, que nos llama casi siempre la atención antes de herirnos. Este fenómeno moral justificaría en último caso la pendiente que nos induce más ó menos á la murmuración. Socialmente hablando, es tan natural burlarse de las imperfecciones ajenas, que deberíamos perdonar la murmuración burlona

y no asombrarnos más que de la calumnia. Pero los ojos del buen vicario no tenían esa fuerza óptica que permite á gentes de mundo ver y evitar inmediatamente las asperezas del vecino. El buen cura se vió, pues, obligado, para reconocer los defectos de su patrona, á sufrir la advertencia que hace la naturaleza á todas sus creaciones: el dolor. La mayor parte de las solteronas, como no han subyugado su carácter y su vida á otra vida y á otros caracteres, según lo exige el destino de la mujer, tienen la manía de querer subyugarlo todo en torno suyo. En la señorita Gamard este sentimiento degeneraba en despotismo; pero este despotismo sólo podía percibirse en detalles insignificantes. Por ejemplo, el cesto de las fichas, colocado sobre la mesa de *boston* por el abate Birotteau, debía permanecer en el lugar que ella lo había puesto, y el cura la contrariaba vivamente quitándolo de allí, como ocurría casi todas las noches. ¿De dónde procedía aquella estúpida susceptibilidad en pequeñeces y cuál era su objeto? Nadie hubiese podido decirlo, porque ni la misma señorita Gamard lo sabía. Aunque paciente por naturaleza, el nuevo huésped sentía demasiado el golpe del cayado, al igual que el cordero, sobre todo si el cayado estaba armado de puntas. Sin explicarse la gran paciencia del abate Troubert, Birotteau quiso sustraerse á la dicha que la señorita Gamard pretendía proporcionarle á su modo; pero el desgraciado obró muy torpemente á causa de la sencillez misma de su carácter. Aquella separación no tuvo, pues, lugar sin muchas tiranteces y picoterías, á las que el abate Birotteau procuró no mostrarse sensible.

Al finalizar el primer año de su estancia en casa de la señorita Gamard, el vicario había reanudado ya sus antiguas costumbres yendo á pasar dos veladas por semana á casa de la señora de Listomere, tres á casa de la señorita Salomé y las dos restantes á la de la señorita Merlin de la Blottiere. Estas personas pertenecían á la aristocracia de Tours, donde la señorita Gamard no era admitida. La patrona se sintió, pues, vivamente ultrajada ante el abandono del abate Birotteau, que le hacía ver su poco valor,

pues toda especie de elección implica un desprecio por el objeto no escogido.

—Al señor Birotteau no le hemos sido bastante simpáticos—dijo el abate Troubert á las amigas de la señorita Gamard, cuando ésta se vió obligada á renunciar á dar reuniones en su casa.—¡Oh! él es un hombre de talento y un goloso, y necesita ver gente distinguida y de lujo y oír conversaciones picantes y los chismes y cuentos de la villa.

Estas palabras conducían siempre á la señorita Gamard á justificar la excelencia de su propio carácter á costa de Birotteau.

—¡Cal! no tiene tanto talento como usted cree—decía la solterona.—A no haber sido por el canónigo Chapeloud, Birotteau no hubiera sido recibido nunca en casa de la señora de Listomere. ¡Oh! ¡cuánto he perdido con la muerte del canónigo Chapeloud! ¡Qué hombre más amable y más fácil de contentar! En fin, basta decir que en doce años no tuve con él ni la menor cuestión.

La señorita Gamard hizo un retrato del abate Birotteau tan poco halagüeño, que el inocente huésped fué tenido por la sociedad plebeya, enemiga secreta de la sociedad aristocrática, por hombre esencialmente fastidioso y difícil de contentar. Además, la solterona tuvo durante algunas semanas el placer de oír que la compadecían sus amigas, las cuales, sin pensar siquiera lo que decían, no cesaron de repetirle:

—¡Cómo! Usted, tan buena y tan complaciente, ¿ha inspirado repugnancia?

Ó bien.

—Consuélese usted, señorita Gamard, porque es usted tan conocida, que... etc.

Pero satisfechas de evitar una reunión semanal en el Claustro, que es el lugar más desierto, más sombrío y más distante que hay en Tours, todas bendecían al vicario.

Entre personas que viven juntas, el odio y el amor crecen continuamente, ya que á cada paso se encuentran razones para amarse ú odiarse más; de suerte que el abate

Birotteau llegó á serle insoportable á la señorita Gamard. Diez y ocho meses después de haberle tomado de huésped, en el momento en que el buen hombre creía ver la paz del contento en el silencio del odio, y se aplaudía el haber sabido desembarazarse tan bien de la solterona, era objeto de una persecución sorda y de una venganza sordamente calculada. Las cuatro circunstancias capitales de la puerta cerrada, las zapatillas olvidadas, la falta de fuego y la palmaria llevada á su cuarto acabaron por revelar la enemistad terrible cuyas consecuencias últimas no debían alcanzarle hasta que fuesen irreparables. Mientras el buen vicario conciliaba el sueño, se devanaba, pues, inútilmente los sesos para explicarse la extraña y descortés conducta de la señorita Gamard. Birotteau había obrado muy lógicamente obedeciendo á las leyes naturales de su egoísmo, y no podía adivinar en que había ofendido á su patrona. Si las cosas grandes son sencillas de comprender y fáciles de expresar, las pequeñeces de la vida exigen muchos detalles. Los acontecimientos, que constituyen en cierto modo el preámbulo de este drama plebeyo, pero cuyas pasiones son tan violentas como si fuesen excitadas por grandes intereses, exigían esta larga introducción, y un historiador fiel no hubiera podido abreviar ninguno de sus detalles.

Al día siguiente por la mañana, al despertar, Birotteau estaba tan preocupado con su canongía, que no pensaba ya en las cuatro circunstancias que le habían revelado la vispera los siniestros propósitos de un porvenir lleno de desgracias. El vicario acostumbraba á levantarse con fuego en la chimenea, y llamó para advertir á Mariana que estaba despierto y para que acudiese á su habitación. Después, según su costumbre, permaneció sumido en quiméricas somnolencias, durante las cuales la criada, al mismo tiempo que encendía la chimenea, acostumbraba á arrancarle suavemente de su último sueño con el ruido de sus interpelaciones y de sus idas y venidas, especie de música que le agradaba. Mas pasó media hora sin que Mariana compareciese; y el vicario, medio canónigo ya, iba á lla-

mar de nuevo, cuando dejó el cordón de la campanilla al oír el ruido de pasos de hombre en la escalera. En efecto, el abate Troubert, después de haber llamado secretamente á la puerta, entró con el permiso del vicario. Aquella visita, que los dos sacerdotes se hacían regularmente uno á otro una vez al mes, no sorprendió á Birotteau. Desde el primer momento, el canónigo se asombró de que Mariana no hubiese encendido aún el fuego de su caro colega, y abriendo una ventana, llamó á Mariana con voz áspera ordenándole que subiese en seguida. Después, encarándose con su colega, le dijo:

—Buena le esperaba á Mariana si la señorita supiese que no tenía usted fuego.

Después de esta frase interrogó á Birotteau acerca de su salud, y le preguntó con voz cariñosa si tenía alguna noticia que le hiciese esperar su nombramiento de canónigo. El vicario le explicó sus pasos y le citó sencillamente los nombres de las personas á quienes la señora de Listomere le había recomendado, ignorando que Troubert no había perdonado nunca á aquella dama el hecho de no admitirle en su casa á él, á Troubert, designado ya dos veces para ser vicario general de la diócesis.

Era imposible encontrar dos figuras que ofreciesen tantos contrastes como presentaban las de los dos curas. Troubert, alto y seco, tenía un color amarillento y bilioso; mientras que el vicario era lo que se llama familiarmente regordete. La cara de Birotteau, redonda y encarnada, demostraba una honradez natural; mientras que la de Troubert, larga y surcada por profundas arrugas, adquiría á veces una expresión llena de ironía y de desdén. Sin embargo, era necesario examinarla muy detenidamente para descubrir en ella estos dos sentimientos. El canónigo ostentaba habitualmente una calma perfecta, manteniendo casi siempre caídos sus párpados sobre sus dos ojos anaranjados, cuya mirada volvía á su antojo clara y penetrante. Unos cabellos rojos completaban aquella sombría melancolía, oscurecida sin cesar por el velo que las meditaciones graves comunican á las facciones. Algunas per-

sonas creyeron verle al principio dominado por una grande y profunda ambición; pero los que pretendían conocerle mejor habían acabado por destruir esta opinión, juzgándole atontado por el despotismo de la señorita Gamard ó fatigado por excesivos apuros. Aquel hombre hablaba poco y no se reía nunca, y cuando experimentaba alguna sensación agradable, la sonrisita que se le escapaba perdíase en las profundas arrugas de su rostro.

Al contrario que él, Birotteau era todo expresión, todo franqueza, gustaba de las buenas tajadas, y se divertía con cualquier cosa con la sencillez de un hombre sin hiel ni malicia. La primera vez, el abate Troubert inspiraba á los que le veían un sentimiento de terror involuntario, mientras que Birotteau arrancaba una agradable sonrisa. Cuando, á través de las columnas y de las naves de Saint-Gatien, marchaba el gigantesco canónigo con paso solemne, la cabeza inclinada y la mirada severa, inspiraba respeto: su figura encorvada estaba en armonía con los amarillentos arcos de las bóvedas de la catedral, y los pliegues de su sotana tenían algo de monumental, digno del estuario. Pero el buen vicario corría por allí sin gravedad, trotaba, marchaba con paso menudito y corto pareciendo rodar sobre sí mismo. Sin embargo, aquellos dos hombres tenían una semejanza: así como el aire ambicioso de Troubert, haciéndole temible, había contribuido, sin duda, á condenarle al insignificante papel de sencillo canónigo, el carácter y modo de ser de Birotteau parecía sujetarle eternamente al vicariato de la catedral. No obstante, el abate Troubert, que frisaba ya en los cincuenta años, había hecho desaparecer con su conducta, con su aparente ausencia total de ambición y con su vida santa los temores que habían inspirado á sus superiores su sospechosa capacidad y su terrible exterior. Esto, por una parte, y por otra la circunstancia de haberse alterado su salud de algún tiempo á esta parte, hacía probable su próximo ascenso á vicario general de la diócesis. Sus propios competidores deseaban su nombramiento, á fin de poder preparar mejor el suyo durante el poco tiempo de vida que le echa-

ban á causa de su enfermedad crónica. Lejos de ofrecer las mismas esperanzas, la triple barba del abate Birotteau ofrecía á los competidores que le disputaban la canongía los síntomas de una salud floreciente, y su gota les parecía ser, como suele decirse, un seguro de larga vida. El abate Chapeloud, hombre de gran talento y cuya amabilidad le había captado las simpatías de gentes de valía y de los diferentes jefes de la metrópoli, se había opuesto siempre, aunque en secreto, al ascenso del abate Troubert, y hasta le había cerrado cuidadosamente las puertas de los salones donde se reunía la mejor sociedad de Tours, sin embargo de que Troubert le hubiese tratado durante su vida con un gran respeto, guardándole en toda ocasión las mayores deferencias. Mas esta constante sumisión no había bastado para cambiar la opinión del difunto canónigo, el cual, durante su último paseo, le había dicho una vez más á Birotteau:

—¡Desconfíe usted de ese seco y alto Troubert! Es un Pío VI reducido á las proporciones del obispado.

Tal era el amigo y el comensal de la señorita Gamard, que se presentaba á visitar y á dar pruebas de amistad al abate Birotteau á la mañana siguiente del día en que la solterona le había declarado la guerra.

—Hay que excusar á Mariana—dijo el canónigo al verla entrar.—Me parece que ha empezado por ir á mi cuarto, que es, por cierto, muy húmedo. Esta noche he tosido una barbaridad. Usted está aquí admirablemente—añadió admirando las cortinas.

—¡Oh! estoy aquí como si fuese un canónigo—respondió Birotteau sonriéndose.

—Y yo como un vicario—replicó el humilde sacerdote.

—Sí, pero usted no tardará en ocupar el palacio del arzobispado—dijo el buen sacerdote que deseaba que todo el mundo fuese feliz.

—Sí, ó el cementerio. Pero ¡cúmplase la voluntad de Dios!—dijo Troubert levantando los ojos al cielo con resignación.—Venía—añadió—á rogarle que me prestase

el *consultor* de los obispos, pues usted es el único en Tours que posee esta obra.

—Tómelo usted de mi biblioteca—respondió Birotteau, al que la última frase del canónigo hizo recordar todos los goces de su vida.

El gran canónigo pasó á la biblioteca y permaneció allí todo el tiempo que el vicario empleó en vestirse. A poco se oyó la campana anunciando el almuerzo, y el gotoso, creyendo que sin la visita de Troubert no hubiera tenido fuego para levantarse, se dijo:

—¡Es un buen hombre!

Los dos sacerdotes bajaron juntos, armados ambos de sendos tomos que colocaron sobre una de las consolas del comedor.

—¿Qué es esto?—preguntó con voz agria la señorita Gamard dirigiéndose á Birotteau.—Supongo que no irá á llenarme ahora el comedor con sus librotos.

—Son libros que necesito y que el señor vicario ha tenido la amabilidad de prestarme—respondió el cura Troubert.

—Hubiera debido adivinarlo—dijo la solterona con desdeñosa sonrisa,—porque el señor Birotteau no acostumbra á leer esos libros.

—Y ¿cómo ha descansado usted, señorita?—le preguntó el cura Birotteau con voz melosa.

—No muy bien—respondió la Gamard con sequedad.—Usted fué causa de que me despertase en el primer sueño, y en toda la noche no he podido dormir. Señores, que va á enfriarse la leche—añadió la señorita Gamard sentándose.

Estupefacto al verse tan agriamente acogido por su patrona, cuando esperaba recibir excusas; pero asustado, como hombre tímido, ante la perspectiva de una disputa, el pobre vicario se sentó y guardó silencio. Después, reconociendo en la cara de la señorita Gamard los síntomas de un mal humor aparente, Birotteau empezó á luchar con su razón, que le ordenaba que no sufriese aquellas faltas de consideración de su patrona, mientras que su carácter

le inclinaba á evitar una disputa. Presa de esta angustia interior, Birotteau empezó á examinar seriamente las líneas verdes entrecruzadas pintadas sobre el tapete de hule que, según costumbre inmemorial, la señorita Gamard dejaba durante el almuerzo sobre la mesa, sin tener en cuenta los bordes usados y las numerosas cicatrices de aquella cubierta. Los dos pupilos estaban sentados en sendos sofás, uno enfrente de otro á ambos lados de la mesa, cuya cabecera estaba ocupada por la patrona, que la dominaba desde lo alto de su silla, provista de cojines y adosada á la estufa del comedor. Esta habitación y el salón estaban situados en el piso bajo, debajo del cuarto y del salón del abate Birotteau. Cuando el vicario recibió su taza de café de manos de la señorita Gamard, quedó helado de espanto al ver el profundo silencio en que tendría que llevar á cabo el acto de almorzar, que era para él generalmente muy alegre, y, no atreviéndose á mirar la cara árida de Troubert ni el rostro amenazador de la solterona, se volvió por hacer algo, hacia el gordo perrito que, acostado sobre un cojín cerca de la estufa, no se movía nunca, porque encontraba siempre á su izquierda un plato lleno de golosinas, y á su derecha un tazón con agua clara.

—¡Hola! hermoso mío, ¿esperas el café?—le dijo Birotteau.

Este personaje, que era uno de los más importantes de la casa, pero que molestaba poco, toda vez que no ladraba y cedía siempre la palabra á su ama, fijó en Birotteau sus ojillos perdidos en los pliegues que la grasa formaba en su cara, y después los cerró socarronamente. Para comprender el sufrimiento del pobre vicario, es necesario decir que, dotado de una locuacidad huera y sonora, como el sonido de un globo, opinaba, sin haber podido nunca dar razón á ningún médico de su opinión, que las palabras favorecían la digestión. La señorita, que participaba de esta doctrina higiénica, no había dejado nunca de hablar durante el almuerzo, á pesar de su enfado; pero hacía ya varias mañanas que el vicario había aguzado en vano su inteligencia haciéndole preguntas insidiosas para desatarle

la lengua. Si los estrechos límites de esta historia permitieran relatar alguna de las conversaciones que excitaban casi siempre la amarga y sardónica sonrisa del cura Troubert, ofrecería una pintura acabada de la vida beocia de los provincianos. Algunas gentes de talento oírían indudablemente con placer los extraños desarrollos que el abate Birotteau y la señorita Gamard daban á sus opiniones sobre política, religión y literatura. Indudablemente que habría algo de cómico en la exposición, ora de las razones que tenían ambos para dudar seriamente en 1820 de la muerte de Napoleón, ora de las conjeturas que les hacían creer en la existencia de Luis XVII, salvado en el hueco de un gran leño. ¿Quién no se hubiera reído al oírles establecer con razones evidentemente suyas que el rey de Francia disponía de todos los impuestos, que las cámaras se habían reunido para destruir al clero, y que habían muerto más de cien mil personas en el patíbulo durante la Revolución? Después hablaban de la prensa sin conocer el número de periódicos que había y sin tener la menor idea de lo que era este instrumento moderno. Por último, el señor Birotteau escuchaba con atención á la señorita Gamard cuando ésta decía que un hombre alimentado con un huevo todas las mañanas tenía que morir infaliblemente al cabo de un año, como se había visto ya; que un panecillo mal cocido, comido sin beber durante algunos días, curaba la ciática; que todos los obreros que habían trabajado en el derribo de la abadía de San Martín habían muerto en el espacio de seis meses; que cierto prefecto había hecho cuanto había podido, bajo Bonaparte, para derribar la torre de Saint-Gatien, y otros mil cuentos absurdos por el estilo.

Pero en aquel momento, Birotteau sentía su lengua paralizada y se resignó á comer sin entablar conversación. Sin embargo, al poco rato juzgó peligroso para su estómago aquel silencio, y dijo atrevidamente:

—¡Vaya un café más rico!

Este acto de valor fué completamente inútil. Después de haber mirado al cielo por el pequeño espacio que deja-

ban libre los dos negros arbotantes de Saint-Gatien, el vicario tuvo valor para decir:

—Hoy hará mejor día que ayer.

Al oír este dicho, la señorita Gamard dirigió al abate Troubert una de sus más cariñosas miradas, y fijó después sus ojos llenos de terrible severidad en Birotteau, que afortunadamente había bajado los suyos.

Ninguna criatura del género femenino sería más apta que la señorita Sofía Gamard para servir de modelo á la naturaleza elegiaca de la solterona; pero para describir bien á un ser cuyo carácter comunica un inmenso interés á los pequeños acontecimientos de este drama y á la vida interior de los personajes que figuran en él, hácese necesario aquí resumir las ideas de la solterona: la vida habitual forma el alma, y ésta forma la fisonomía. Si todo en la sociedad y en el mundo debe tener una finalidad, hay aquí abajo indudablemente algunas existencias cuyo objeto y utilidad son inexplicables. La moral y la economía política rechazan igualmente al individuo que vive sin producir y que ocupa un lugar en la tierra sin hacer en torno suyo bien ni mal, pues el mal es, sin duda, un bien cuyos resultados no se manifiestan inmediatamente. Es raro que las solteronas no se hayan clasificado á sí propias en la clase de los seres improductivos. Si la conciencia del trabajo causa al ser que obra un sentimiento de satisfacción que le ayuda á soportar la vida, la certidumbre de ser una carga inútil debe producir un efecto contrario é inspirar al ser inerte el desprecio que inspira á los demás. Esta dura reprobación social es una de las causas que contribuyen á comunicar á las almas de las solteronas, sin que ellas mismas lo sepan, la desazón que denotan sus caras. Una preocupación, que sin duda tiene algo de cierta, hace que se mire con antipatía en todas partes, y en Francia más que en ninguna, á la mujer con la que nadie ha querido participar sus bienes y soportar los males de la vida. Ahora bien, llega para las solteras una edad en que el mundo, con razón á sin ella, las condena al desprecio de que son víctimas. Si son feas, argúyese que la bondad de su carac-